

LAS CANCIONES DE LA NOCHE

I

Una noche rumorosa y palpitante,
de humedades aromáticas cargada,
una noche más hermosa que aquel día
que nació con un crepúsculo de nácar,
y medió con un incendio del espacio,
y expiró con un ocaso de oro y grana...

Una tibia clara noche melodiosa,
impregnada de dulzuras elegiacas
que caían mansamente de los cielos
en los rayos de la dulce luna blanca,
por el seno de los montes
triste y sólo yo vagaba,
con el alma más vacía
que el abismo de la nada.

Y los coros resonantes de la noche,
con sus músicas de oro me cantaban
la canción de la *Tristeza*
de las almas solitarias.

Yo era un hongo de los valles de la vida,
yo el cadáver de mi raza,
yo una sombra que pasaba por el mundo
sin dejarle ni la huella de mis plantas,
ni los trozos de mi carne redivivos,
ni la imagen de la mía en otras almas,
ni los nidos de mis goces,
ni los charcos de mis lágrimas...

Yo era sombra, yo era muerte,
yo era estéril movimiento sin sustancia...

¡y por eso los rumores musicales
de la noche misteriosa me cantaban

la canción de la *Tristeza*,
pobre idioma de las almas solitarias!

II

Otra noche, tan hermosa como aquella
de armonías y perfumes empapada;
otra pura casta noche rutilante,
presidida por solemne luna diáfana
que inundaba los abismos infinitos
con el polvo de su mansa luz fantástica,
triste y sólo, como siempre,
por el seno de los montes yo vagaba.

Y á la puerta de la choza de un cabrero
se empaparon mis pupilas fatigadas,
en la mística visión de un niño hermoso
que dormido y sólo estaba
sobre rústica camita
de olorosa yerba blanda.

¡Oh, qué hermoso, qué sereno, qué divino!
Era el ángel, era el alma
de la choza miserable,
de la choza solitaria.

¡No era mío, no era mío!...

Era el beso de las almas que se enlazan,
era el fruto de los cuerpos que se juntan,
y las savias que se funden con las savias...

¡era el premio merecido
por los séres que se aman!

¡Cuánto diera por tocarle aquella frente,
por besarle la carita sonrosada!...

¡Qué tranquilo! Los rumores de los montes
con magnífica armonía le arrullaban,
y las brisas de la noche misteriosa
le tocaban con las puntas de las alas,
y los rayos amorosos de la luna
le caían como besos en la cara...

Yo me puse de rodillas

ante el ángel de la choza solitaria,
 cual sediento caminante
 que se inclina sobre el agua;
 y alarmado como hambriento ladronzuelo
 que á unos pobres la limosna le robara,
 puse el beso más sublime de mi vida
 sobre aquella frente blanca.

¡No era mío, no era mío!...

Pero el beso me quemaba las entrañas,
 y la noche se me puso más hermosa,
 y al unísono sus coros me cantaban
 con el ritmo de la vida
 la canción de la *Esperanza*.

¡Yo sentía, yo vivía,
 yo quería, yo esperaba!...

Si tuviera el cuerpo herido,
 si tuviese muerta el alma,
 no sintiera ni los besos de la vida,
 ni el placer de derramarla...

¡Dios que creas! Dame dichas como aquellas
 como aquella de la choza solitaria!

.....

Y los coros musicales de la noche,
 no callaban, no callaban...

III

Y otra noche, de seguro tan hermosa
 como aquellas ideales noches blancas,
 arrulladas por el ritmo de los mundos
 y pobladas por los sueños de las almas,

—¡de las almas pensativas,
 de las almas resignadas!—

á la puerta de la choza del cabrero,
 cuyas dichas exquisitas yo envidiaba,
 se quedaron medio ciegas
 mis pupilas espantadas...

¡Muerto estaba el pobre ángel
 de la choza solitaria,
 y su madre estaba loca,

y su padre mudo estaba!

Y los rayos funerales de la luna
le caían amorosos en la cara,
su carita transparente,
que era blanca, que era blanca
como el ala de los cisnes del estanque,
como el ampo de la nieve inmaculada,
como el seno de las vírgenes del templo,
como el mármol de las tumbas y las aras...

Yo me puse de rodillas ante el ángel,
é inclinando la cabeza atormentada,
como víctima medrosa y dolorida
que presenta el cuello al hacha,
puse el beso más amargo de mi boca
sobre aquella frente blanca,
dura y fría como el mármol
de las rígidas estatuas funerarias.
¡Y sentí que de repente
se me helaron las entrañas!
Era el frío del terror á lo futuro
quien me dió la puñalada;
era el miedo á los dolores infinitos
que á los padres de aquel ángel destrozaban...

Y gemí como un cobarde,
y gocé como un perverso sin entrañas,
con la muerte repentina
de mi última esperanza,
que dejaba conjurados los peligros
que mi instinto de cobarde presagiaba...

¡Fuga estéril! ¡Tú iniciastes
el principio del reguero de mis lágrimas!

Todo el peso de aquel ancho cielo plúmbeo
gravitó sobre mi alma,
y dejómela el delito como antes,
más vacía que el abismo de la nada.

Y le dije á la armonía de la noche:
—¡No me cantes la canción de la *Esperanza!*
¡Canta el salmo del *Dolor* inapelable,
que es castigo de las almas solitarias!